

RESPECTO A LOS DERECHOS HUMANOS

Discurso al recibir Premio de Naciones Unidas a la Vicaría de la Solidaridad

Nueva York, 10 de diciembre de 1978

Agradezco la distinción que Naciones Unidas ha querido conferir a la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, por su dedicación al servicio de los derechos humanos.

Lo agradezco, especialmente, ya que al conferirla a la institución más que a sus personeros, estoy seguro de que se quiere tributar un significativo reconocimiento a los pobladores, profesionales, laicos y religiosos que con gran generosidad han hecho posible este hermoso trabajo solidario.

Esta distinción también es apreciable por la elevada naturaleza del organismo que la confiere. Trece años atrás, cuando Naciones Unidas celebraba su vigésimo aniversario, la Asamblea General recibió la visita de Su Santidad Paulo VI. Venía como portador de un mensaje para toda la humanidad. Y en el primer lugar de su mensaje estaba una ratificación moral y solemne de esta alta institución que representa -dijo entonces el Papa- el camino obligado de la civilización moderna y de la paz mundial, y la última esperanza de concordia y de paz.

Hoy podemos repetir, como plenamente actuales, las palabras dichas por el Santo Padre ante esta Asamblea General: "Tenemos conciencia de hacer nuestra tanto la voz de los muertos, caídos en las terribles guerras del pasado, como la voz de los vivos, que condenan en sus corazones a quienes intentaren renovarlas. Hacemos también nuestra la voz de los pobres, de los desheredados, de los que aspiran a la justicia, a la dignidad de vivir, a la libertad, al bienestar y al progreso".

"Hoy más que ayer, la Organización de las Naciones Unidas ha de ser 'la gran escuela donde se enseña a los hombres la paz'. El mundo mira hacia quienes se sientan en esta Asamblea como hacia 'arquitectos, constructores de paz', y agradece los trabajos que desarrolla esta providencial organización en defensa y promoción de los derechos humanos de individuos y pueblos en el mundo entero. Nuestro gran amor y respeto a los derechos del hombre se deben, sobre todo, a que estamos convencidos de que la sociedad del futuro y la paz y la libertad que todos anhelamos, no serán posibles sin el respeto irrestricto por los derechos humanos que constituyen a la persona humana y son la base firme que sustenta la convivencia solidaria entre hombres y naciones."

Esta convivencia pacífica y solidaria vive acechada por múltiples amenazas. Ninguno de nosotros está libre de culpa. Vigilar, corregir, purificar nuestros juicios, alentar iniciativas con paciente humildad y serena objetividad, confiar en el hombre y en la fuerza moral de la persuasión, son tareas que incumben a quienes sueñan con un mundo que sea digna morada del hombre.

Hace veinte siglos se proclamó, en un país pobre y lejano, el mensaje de las

bienaventuranzas: ¡Dichosos los mansos, los misericordiosos, los que anhelan la justicia y sufren por ella, los que construyen la paz!

Desde un país también humilde y lejano, nosotros hemos querido ser fieles a este legado espiritual.

El alma de Chile, íntimamente ligada a la fe cristiana, muestra desde su mismo nacimiento un sagrado respeto por la dignidad del hombre, cualquiera sea su raza y condición; y un extraordinario aprecio por su libertad, huella imborrable de su semejanza divina.

Nosotros no hemos hecho otra cosa que procurar ser fieles a esta tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete.

Movidos por nuestro ardiente amor a Chile, y desde nuestra perspectiva pastoral, única que nos compete, hemos querido contribuir al logro de los ideales preconizados también por el gran gestor y prócer de nuestra nacionalidad chilena, don Bernardo O'Higgins, quien en los albores de nuestra independencia instaba a "cuidar que todos los derechos sean realmente garantidos, porque de otro modo vacila la autoridad, la seguridad, y todos los fundamentos de la sociedad y la prosperidad se conmueven y se anulan".

La presente distinción entraña, señor Presidente, un reconocimiento solemne de Naciones Unidas a este legado y patrimonio espiritual que se confunde con la esencia del pueblo chileno, y en que Naciones Unidas entrevé la única senda que conduce a la paz.

Muchas gracias.

Nueva York, 10 de diciembre de 1978